

## Ramón Franco: de Cuatro Vientos a Tablada

Juan Carlos Fernández Calderón

Ramón Franco Bahamonde (1896-1938) es uno de esos personajes genios y figuras que tanto abundan en nuestra historia, y que por azares diversos no son, quizá, suficientemente conocidos. Dimos con él mientras nos adentrábamos en los intrínquilis y vicisitudes de la II República y pensamos que bien merecía la pena distraer la atención de los hechos generales y posar la mirada, siquiera someramente, en las idas y venidas del comandante de infantería y piloto de la incipiente aviación española. No es el objeto de este trabajo penetrar en su personalidad ni mucho menos trazar una semblanza biográfica. Nos centraremos en su faceta político-revolucionaria, acreditada principalmente entre los meses de diciembre de 1930 y de junio de 1931, y enmarcada por dos sucesos de no poca relevancia: la sublevación de Cuatro Vientos (precedida por la de Jaca) y el conato de Tablada. En ambos aeródromos se abrieron espitas que arrojaron fumarolas antimonárquicas en el primer caso y –notable paradoja– antirrepublicanas (contra el modelo de república que se pergeñaba) en el segundo. Por lo demás, el breve retrato que aquí esbozamos no deja de ser reflejo a escala de una época que tuvo más de campo de Agramante que de pacífico experimento democrático.

Hermano del general Franco, Ramón se sitúa, en lo personal y en lo político, en las antípodas de aquél. Combinaba su afición a la francachela con un espíritu aventurero y un carácter tal vez excesivamente inconformista que le deparó no pocos disgustos. Fue Ramón uno de esos pocos afortunados que alcanzan y saborean la gloria –esa libación tan embriagante– en vida. Lo hizo en 1926, cuando acompañado del capitán de Artillería Julio Ruiz de Alda, del teniente de Navío Juan Manuel Durán y del mecánico civil Pablo Rada, atraviesa el Atlántico en siete etapas (Palos, 22 de enero-Buenos Aires, 10 de febrero), a bordo del hidroavión *Plus Ultra*. La euforia se vio ensombrecida por causa de la orden de Primo de Rivera de hacer retornar a los pioneros en barco, frustrando su pretensión de intentar el viaje de vuelta a bordo de la aeronave, que fue donada por el Gobierno de España al de la República Argentina. El enfado de Franco fue mayúsculo, hasta tal punto que dio plantón al marqués de Estella en uno de los múltiples homenajes que, ya en tierra española, se organizaron para honra del comandante. Empero, recibió honores del propio Alfonso XIII, que condecoró y nombró a los militares del *Plus Ultra* gentiles hombres de cámara.

No tardó Franco en proyectar una nueva aventura, que a la postre serviría para congelar sus relaciones con la Corona. Se proponía algo espectacular: dar la vuelta al mundo a los mandos de un aeroplano. Se frustró su hazaña, puesto que los aviones de la época no respondieron al reto. Finalmente ensayó una travesía de ida y vuelta a los Estados Unidos, para la que se le asignó un aparato ensamblado en España que, a juicio del aviador, no reunía los requisitos necesarios para afrontar con éxito la empresa. La solución fue tajante: permutaron las matrículas del avión citado con las de otro similar pero de fabricación italiana, que pensaban que sí ofrecía garantías. El cambiazó se descubrió después que los aventureros (Franco, el también



comandante González-Gallarza y Ruiz de Alda) se viesen forzados a amerizar en mitad del Atlántico y a dar por finalizada la aventura, por problemas técnicos en la aeronave. Fueron recogidos, tras varios días a la deriva, por un buque de guerra británico. Ya en tierra firme, mientras se repetían los homenajes, el Ejército exigió responsabilidades por la suplantación de matrículas. Los aviadores fueron sancionados, y Franco apartado de la Aviación.

Su carácter contestatario, que ya le había valido un correctivo (condonado tras intervenir el propio Rey) con motivo de una protesta extemporánea ante el embajador de España en Argentina, por cuenta de unas concesiones relacionadas con vuelos a Europa, se acentuaría en lo sucesivo. A partir de su separación del arma aérea, Franco deja de encontrar en el Rey a un amigo y abraza con total entusiasmo la causa republicana. Los problemas empezaron a sucederse, sumando detenciones, puestas en libertad, amonestaciones... Llega a intentar renunciar a la nacionalidad española e ingresa en la Masonería. Las autoridades, una vez cesado Primo, intentaron quitárselo de en medio ofreciéndole un cargo diplomático en Washington, que rechazó. Su intención era continuar la lucha pro-republicana. Su hermano Francisco trató infructuosamente de hacer volver al redil a la *oveja negra*. Ramón contesta a una de sus cartas con una auténtica soflama antimonárquica, y afirma que

Una República moderada sería la solución al actual estado de cosas. Ella atraería a la gobernación del país a las clases privilegiadas sin espantarlas ni ponerlas enfrente, como sucedería con el establecimiento de una República radical. Los elementos más radicales la respetarían, porque verían siempre en ella la posibilidad de evolucionar hacia sus ideales, tratando de ganar puestos en los comicios con su conducta, sus programas y una adecuada propaganda. El país se gobernaría en definitiva como quisiera y evitaríamos la llegada de una revolución que camina con pasos de gigante y que cuanto más tarde más violenta ha de ser.

Como tendremos ocasión de comprobar, poco tiene que ver lo predicado con los ulteriores acontecimientos protagonizados por el comandante, que contradijo vivamente cuanto en la carta citada se proclamaba, incluyendo su afirmación de que *a la República no debe irse por odios, solamente por ideales*. Ideales que, a la postre, no impidieron que asomara la sombra de Caín. Desoyó por supuesto los consejos del general Franco y frecuentó los círculos republicanos por entre los que descollaban Prieto y el desafecto Miguel Maura. Tampoco faltaron encuentros con anarcosindicalistas catalanes. Su continuo movimiento irritó tanto al gobierno Berenguer que el 11 de octubre de 1930 fue detenido, acusado no sólo de propaganda revolucionaria, sino también de contrabando de armamento y fabricación de explosivos. Condenado a ocho meses de prisión militar, cuando se le comunicó que cumpliría la pena en Pamplona, de inmediato tramó su fuga. Dicho y hecho, con colaboración externa y siguiendo los cánones de los tópicos cinematográficos, serró los barrotes de su celda, se descolgó por la ventana y tomó un automóvil que, conducido por su mecánico Rada (no menos extremista que el propio Franco), y al parecer puesto a su disposición por el doctor Juan Negrín, lo trasladó a salvo de la justicia militar. Huyó en compañía del también penado comandante Alfonso Reyes, acusado de estafar una considerable suma a una agencia de viajes de Filadelfia. Mola, a la sazón director

general de Seguridad, ya sentía poco afecto por él y extremó su desprecio criticando su fuga *descolgándose por una cuerda como un vulgar maleante*. Por su parte, Franco dejó una carta destinada al general Dámaso Berenguer, al que critica el no haber restablecido la Constitución y desea que  *siga cosechando desaciertos en su tortuoso camino de gobernar*. Las fuerzas de seguridad lo buscaron sin resultado. Se barajaba la hipótesis de su paso a Francia o a Bélgica. En realidad no se movió de Madrid, donde se alojó en diversas viviendas sin que la policía lo capturase.

El 10 de diciembre celebraban la festividad de la Virgen de Loreto, patrona de la Aviación. En el aeródromo de Cuatro Vientos se sucedían actividades para solaz de la tropa: orquestas de mecánicos, festival de flamenco y hasta un concurso de feos animaban la velada de unos militares que estaban al borde de ser protagonistas de uno de los más significados episodios de la conspiración antimonárquica, cuyo sangriento preámbulo tuvo lugar dos días después, el 12, en la pirenaica Jaca.

Allí, el capitán Fermín Galán, contra el criterio del Comité Revolucionario de Madrid, que comisionó a Casares Quiroga para disuadirlo (éste prefirió dormir antes que parlamentar con el militar) se subleva y proclama la República. Inmediatamente dicta un escueto bando, de un solo artículo, que es otro ejemplo palmario de contradicción entre las presumibles aspiraciones democráticas y su propio contenido. Rezaba así:

Toda persona que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente, será fusilada sin formación de causa.

Sofocada la revuelta, Galán y García Hernández fueron fusilados tras juicio sumarísimo, pasando al panteón de héroes de una República que fue la esperanza de tantos y el fracaso de todos. No le faltaba razón a Cambó cuando opinaba que los republicanos sólo fiaban en la revolución para traer la República.

Mejor suerte corrieron los miembros del Comité que tras las asonadas fueron detenidos, y enjuiciados en marzo de 1931: Alcalá-Zamora, como jefe de la conspiración, Fernando de los Ríos, Casares Quiroga, Miguel Maura, Álvaro de Albornoz y Largo Caballero, compartieron banquillo. En la vista oral no dudaron en hacer apología republicana, negando toda legitimidad a la Corona. Alcalá-Zamora se postulaba como garante de que la república venidera sería conservadora y de que no se perturbaría la vida social. Condenados todos ellos, tras interpretar benévolamente la fiscalía los hechos, a la pena de 6 meses y un día por delitos de exaltación a la rebelión, se les aplicó la condena condicional y quedaron en libertad. No faltaron las protestas de quienes consideraban que las sesiones del consejo de guerra se habían convertido en mítines pro-republicanos. Ciertamente, la justicia monárquica aparece en esta ocasión como más llevadera que la que se hubiese aplicado en Jaca ante meros *delitos* de opinión. La prensa recogió extensamente los testimonios de los encausados, a pesar de que desde los sucesos de Jaca se reimplantó la censura previa, decretada por Primo en 1923 (llegó a suprimir párrafos de los discursos del propio dictador) y anulada en septiembre de 1930. En abril se incoó causa contra Ángel Galarza por los mismos hechos. El advenimiento del nuevo régimen finiquitó todo: el 16 de abril se firmó un decreto de amnistía.



Volvamos a diciembre. Aún olía a pólvora en Huesca cuando en las primeras horas del día 15 un grupo de militares, liderados por el general Queipo de Llano y por el comandante Franco, consigue hacerse con el control del aeródromo militar de Cuatro Vientos, en las cercanías de Madrid. Buena parte de la tropa se sumó a los rebeldes, mientras que sólo 2 de 25 oficiales aceptaron participar en la sublevación, siendo los renuentes detenidos. Parece, no obstante, según el testimonio de un subalterno de la base, que los soldados no dudaron de la palabra de un general y un comandante, uniformados, que aseguraban que la República se había proclamado. Se hicieron con las comunicaciones, y radiaron partes insistiendo en la instauración del régimen republicano, e imprimieron unas proclamas que arrojaron sobre Madrid desde los aparatos de la base. El texto rezaba:

¡¡ESPAÑOLES!!

Se ha proclamado la REPÚBLICA.

Hemos padecido muchos años de tiranía y hoy ha sonado la hora de la LIBERTAD.

Los defensores del régimen caduco que salgan a la calle, que en ella los bombardearemos.

¡¡Viva la República Española!!

Puede apreciarse la manía de quitarse de en medio a los monárquicos, ahora con un procedimiento un tanto más aparatoso que el anunciado en Jaca. El propio Ramón Franco, a los mandos de un avión en el que le acompañaba su mecánico Rada, sobrevoló el Palacio Real, cargado con bombas que dice que no arrojó por encontrarse varios niños jugando en las inmediaciones. Rada, que debería efectuar el bombardeo, no tenía suficiente experiencia para acertar con el objetivo. El Rey suspendió diversas audiencias militares que tenía programadas.

El Gobierno, reunido en cuanto tuvo noticias de los hechos en el Ministerio del Ejército, declaró el estado de guerra y dispuso el envío de una columna al mando del general Orgaz para reducir a los rebeldes. Varias piezas de artillería abrieron fuego a mediodía y efectuaron unos cien disparos. La dispersión no se demora, y parte de los sublevados exhibe la bandera blanca, mientras otros emprenden la huida por las puertas traseras, perseguidos por la guardia civil y por soldados de caballería. Los líderes, por su parte, despegaron con los aeroplanos del aeródromo camino de Portugal, donde aterrizaron por la tarde. Esta huida fue profusamente criticada no sólo por la prensa y por el Gobierno: el subalterno al que antes nos referíamos manifestaba a un periódico de Pontevedra (declaraciones recogidas después por La Vanguardia) que tanto Queipo como Franco *insultaron a la gente prometiendo acompañarla en todos los peligros y ser los primeros en dar su sangre.*

La misma tarde del día 15, ya sofocada la rebelión, se arrojaron, también desde el aire, proclamas monárquicas, que dieron lugar a un incidente entre el general Franco y los generales Berenguer (Dámaso, presidente del Gobierno y Federico, capitán general de Madrid) y Mola, director general de Seguridad. Según Garriga, biógrafo de Ramón Franco, el texto decía:

Un mal nacido, ebrio al parecer de vuestra sangre, robando un avión militar, ha lanzado esta mañana sobre Madrid unas hojas excitándoos a la rebelión y a que proclaméis la República.



Francisco Franco protestó ante los generales citados por el empleo del término *mal nacido* para con su hermano. Los tres negaron tener nada que ver con el texto. En ABC se recogía otro que no coincidía con las palabras anteriores, ignoramos si por edulcoración de la censura o por tratarse de un manifiesto distinto. Eso sí, bastante duro. No califica a los rebeldes como *malnacidos*, sino como *desalmados*.

ABC tildó las sublevaciones de crímenes contra el Estado, contra la Humanidad y contra la propia causa de los rebeldes. *La Vanguardia* negaba que los republicanos tuviesen fuerza suficiente para levantar el país, y calificaba las asonadas como *episodios de republicanismo temerario*, anacrónicos y más propios de otros lares, juicio en el que coincidía también con el monárquico ABC, para el que el levantamiento tenía el carácter de bufo. El rotativo catalán aseguraba que si bien los republicanos parece que pensaban en una república burguesa, sus compañías revolucionarias deberían hacerles pensar si servirían a la República o al soviét. Por su parte, la prensa internacional recogía impresiones no muy favorables a la aventura golpista. *The Times* reputaba a Berenguer como más capaz que los políticos españoles de tiempos ordinarios, y señalaba el descrédito del comandante Franco ante sus compatriotas por haber huido. *L'Osservatore Romano* criticaba que el aviador olvidase su juramento de servir a la patria, para servir a los partidos. El *Sunday Times* coincide con la opinión del ministro de la Gobernación, recogida en *Le Matin*: la fuerza pro-republicana no es la suficiente.

Las informaciones gubernamentales contradecían algo a lo que Cambó había dado importancia: las intentonas revolucionarias harían bajar la peseta. Según los datos publicados, el daño no había sido excesivo puesto que los mercados conocieron casi simultáneamente la rebelión y su aplastamiento.

El presidente del Gobierno, Dámaso Berenguer, aseguraba que comunistas y anarquistas habían sido colaboradores en los sucesos, y se quejaba de que para las derechas el Gobierno actuaba con suavidad, en tanto que las izquierdas criticaban su saña y dureza. Emplazaba a elecciones para el Congreso el 1º de marzo, y para el Senado el 15, como corolario de su intención de recuperar la normalidad constitucional. Los acontecimientos se desarrollaron de forma muy distinta.

Entre tanto, en España se iba recuperando la normalidad poco a poco (además de las asonadas, numerosas huelgas se venían desarrollando por todo el territorio). Claro que el concepto de normalidad tenía sus interpretaciones: el periodista de *La Vanguardia* Agustí Calvet, que escribía bajo el seudónimo *Gaziel*, aseguraba que en *España no puede pasar nada extraordinario, porque continuamente todo es anormal*. Mientras, en Portugal, los militares españoles andaban con ciertas libertades, bajo palabra de honor. Pero Franco (que el 24 de diciembre fue expulsado del Ejército) no quería resignarse a permanecer en suelo luso, y anunció que solicitaría autorización para marchar a Francia y, de no ser posible, a Bélgica o Alemania. Consiguió pasaje para Bélgica, gracias a dos mil pesetas que le prestó su hermano Francisco. Allí fue recibido por el también exiliado Maciá, y auguró la llegada de la República antes del verano. Después partió hacia París, donde mantuvo numerosos contactos con disidentes españoles. Entretenía su



tiempo con colaboraciones periodísticas y conferencias. Se le prohibió por las autoridades galas participar en política.

Dice Tuñón de Lara que el Gobierno de Berenguer (nos permitimos añadir que también el del almirante Aznar) representaba a fuerzas que iban a salir de la escena histórica. Robinson, acertadamente, opina que las postrimerías del reinado de Alfonso XIII fueron el prólogo de la II República, no sólo por cronología. En fin, tras las elecciones de 12 de abril, se interpreten como se quiera, Alfonso XIII sale de España mientras se va proclamando la República por todo el país y el Comité Revolucionario se constituye en Gobierno provisional. Había llegado la hora del retorno de Ramón Franco, que arriba a Madrid en tren el día 15, una vez más en medio del fervor popular. Pero sus aspiraciones republicanas no estaban colmadas: protesta ante Maura, nuevo ministro de Gobernación, por haber permitido la salida del Rey, y se enemista con su antiguo aliado. No tardaría en hacerlo con Queipo, que temía veleidades comunistas en el aviador, que éste desmintió. Sus simpatías con el PSOE tampoco eran muchas: les acusaba de traición, puesto que no convocaron huelga general el 15 de diciembre, cuando asaltaron Cuatro Vientos. Decía de ellos que querían *una revolución sin revolución*. Revolución. Ésta es la clave. Ramón Franco clama por ella no sólo para España: apoya también otras iniciativas, en Argentina o Portugal.

Empero, en los primeros días de la República acepta el cargo de director de Aeronáutica, mientras que Queipo es nombrado capitán general de la I Región Militar, con sede en Madrid. Franco quería convertir al arma aérea en *uno de los más firmes puntales de la República*. Viaja por España y en Barcelona, donde se aloja en el Ritz, es recibido por Macià y por Companys, por entonces gobernador civil. Continúan los banquetes y homenajes en su honor, y en Sevilla hasta cambian el nombre del puente de Alfonso XIII por el del aviador.

No había transcurrido un mes desde la proclamación de la República cuando, los días 11 y 12 de mayo, fueron incendiados varios edificios religiosos, principalmente en Madrid. Ramón Franco fue señalado por el presidente del Consejo de Estado, José Manuel Pedregal, como uno de los culpables, junto con Rada y algunos ateneístas. Aunque no parece que participara directamente, su fiel Rada fue visto con una camioneta cargada con bidones de gasolina, y hay quien asegura que el aviador tuvo mucho que ver en el suministro de la misma. En todo caso, Franco dejaría ver su anticlericalismo en no pocas ocasiones; en esta es más que notorio:

Contemplé con alegría aquellas magníficas luminarias, expresión de un pueblo que quería liberarse del oscurantismo clerical y de la roña religiosa.

La alarma social fue importante. Por añadidura, el fuego podía acercarse peligrosamente a Alcalá-Zamora y a Miguel Maura, y Lerroux alertó sobre las posibles consecuencias de una posible derrota electoral del Gobierno provisional, que no traería la Dictadura ni la Monarquía, sino el anarquismo. Las elecciones a las que se refería el líder de los radicales eran a Cortes Constituyentes y se fijaron para el 28 de junio. No tardaron en aparecer rumores sobre el posible pase de Ramón Franco a la política, que éste desmintió con rotundidad. Lo cierto es que el aviador, al amparo de la legislación electoral, que permitía a una misma persona ser candidato



por varias circunscripciones, concurrió por Barcelona, en las listas de Esquerra Republicana de Cataluña; por Madrid, con el Partido Republicano Radical Socialista; finalmente, por Sevilla, acompañando al notario nacionalista Blas Infante en su candidatura revolucionaria. En aquella convocatoria fueron 18 los candidatos múltiples. El ambiente electoral era propicio para las soflamas revolucionarias de Franco. Lo mismo invitaba a trabajar *por la República y por la revolución* que sostenía que en la República no había libertad, ni igualdad, ni fraternidad, ni justicia, o proclamaba que la República andaluza andaría siempre de la mano de la catalana, que predicaba el reparto de la tierra entre los campesinos andaluces, tal y como hacía Infante, quien amenazaba con levantar a los obreros para tomarla si el Gobierno no se la entregaba. Su campaña electoral fue intensa. En Andalucía fue recibido con gran expectación y pronunció numerosas arengas, hasta que en Lora del Río sufrió un percance: al finalizar un mitin se desplomó el escenario y se fracturó una pierna. Atendido de urgencia, fue trasladado a Sevilla –donde hubo de suspenderse otro acto previsto para ese mismo día– y fue ingresado en la enfermería de la Base de Tablada. Su campaña electoral finalizaba. Más adelante volveremos sobre el accidente.

En los últimos días de la campaña, el Gobierno tenía noticias de una intentona en Sevilla. No todos creían en ella. *El Sol* dudaba, al tiempo que exigía se impusiera *el sentido del orden y el respeto público*, para garantizar la jornada electoral. Miguel Maura se explayó ante la prensa con sus explicaciones sobre los hechos. Achacaba a *los amigos* del comandante Franco la *entelequia concebida por cerebros calenturientos* de proclamar el Estado libre de Andalucía. A tal efecto, y –en palabras del ministro de la Gobernación– rebasando la revolución que había traído la República a España, los adeptos a Franco se unirían a una columna de obreros agrícolas dirigida por el Dr. Vallina, médico y cabecilla anarquista. Por su parte, los aeroplanos de Tablada sobrevolarían Sevilla arrojando proclamas que amenazarían con el bombardeo si las autoridades se resistían a la toma de la ciudad. Ganada ésta, se proseguiría con la conquista del resto de Andalucía, para marchar finalmente hacia Madrid. De inmediato, y con la autorización del presidente del Consejo, Alcalá-Zamora, y del ministro del la Guerra, Azaña, envió a Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, a Sevilla, *para poner fin a la campaña semirrevolucionaria*. El Ejército y la benemérita patrullaban por la ciudad, mientras se destituía fulminantemente y se arrestaba al teniente coronel Camacho, jefe de la Base, a un comandante, varios sargentos y no pocos soldados. Se hizo retirar todo el armamento disponible (600 bombas) y se prohibió el despegue de los aparatos. Franco fue cesado como director general de Aeronáutica, y su amigo el capitán Rexach fue removido del cargo de delegado del Gobierno en la Compañía de Líneas Aéreas Subvencionadas. Para éste fue un honor ser destituido por un *Gobierno de traidores, continuación de la Monarquía*. El 18 de julio, Rexach fue detenido en Sevilla. Más tarde, Rada, el mecánico inseparable de Franco, fue considerado cabecilla del movimiento y se ordenó su busca y captura. Sanjurjo manifestó a la prensa que en Tablada no había habido nada, aunque pudo haberlo. Maura acusaba a los rebeldes de querer *destruir a España, llevándola a los horrores de una anarquía absoluta*. Fernando de los Ríos, que alertaba sobre los peligros de la



extrema derecha y de la extrema izquierda, aseguraba que ésta última quería convertir en presente lo que sólo puede verse en distante lontananza. Azaña, en expresión muy adecuada al caso, se pronunciaba por cortar velos a la fantasía. No faltaron críticas de los comunistas andaluces, que pensaban que la candidatura revolucionaria de Franco no era sino una cuña de la burguesía para romper el frente obrero, puesta, además, al servicio de la *República catalana*.

El 28 fue elegido diputado por dos circunscripciones: Barcelona y Sevilla. En Madrid no llegó a los cinco mil votos. No faltaron las protestas de los componentes de la candidatura revolucionaria sevillana ante el gobernador civil: acusaban al Gobierno de utilizar trucos y artimañas; y ante Alcalá-Zamora negaron las imputaciones sobre *la tragicomedia creada en torno a las elecciones de Sevilla*.

Sobre Ramón Franco, ya diputado electo, seguía pendiendo la espada de Damocles de su enjuiciamiento por los sucesos de Tablada. De hecho, se paralizó la tramitación de su suplicatorio, según Alcalá-Zamora por la intervención de la Masonería.

Su debut parlamentario, recogido por el Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes del 30 de julio, no fue nada espectacular. Cuando se discutían las actas de Sevilla pretendió la impugnación de las elecciones en la capital y la provincia. Arguyó que los comicios se celebraron bajo presión por la presencia en las calles de Ejército y Guardia Civil; que en colegios en los que su candidatura no tenía interventores hubo falseamientos y que su percance de Lora del Río no fue accidente, sino atentado, toda vez que se hundió el escenario bajo el peso de 5 personas, cuando el día anterior soportó a 90, y que había testigos que vieron cómo se perpetró todo. La primera réplica vino del diputado de Izquierda Republicana por Sevilla Miguel García-Bravo Ferrer, que le rebatió la influencia de su accidente en la campaña electoral, por cuanto pudieron seguir haciéndola sus seguidores y, argumento de peso, le dijo que obtuvo escaño por Barcelona sin haber hecho allí campaña, lo que demuestra que su presencia física no es imprescindible. Dio detalles sobre las circunstancias en que se celebró el mitin, en los que no nos extenderemos. Prosiguió Diego Martínez Barrio, ministro de Comunicaciones y también diputado por Sevilla. Éste contesta a Franco, sobre su denuncia de incidentes en las mesas, que no hubo ni una protesta registrada. Y, detalle significativo, le indica que en una de las urnas, en un colegio en el que no había interventores de la candidatura revolucionaria, fue ésta la que obtuvo más votos.

Pero la intervención más esperada, con seguridad, fue la de Miguel Maura, ministro de la Gobernación y parlamentario por Zamora, quien explicó los sucesos de Tablada con más detalle que ante la prensa. Dijo que el 21 llegó a Tablada un aparato *Junkers* cargado de propaganda de la candidatura revolucionaria de Franco, Rexach, Infante y Balbontín. Aunque los mensajes propagandísticos no son ilegales, el problema es que convierte a Tablada en un *centro electoral revolucionario*. Rada se instaló en la Base e introdujo en ella la indisciplina, hasta el punto que los oficiales debían dormir con la pistola bajo la almohada, puesto que allí *ya no se respetaba a nadie*. Por su parte, la CNT entregó al mecánico otras proclamas para ser arrojadas desde el aire. En ella llamaba a la revolución social

A las Fuerzas armadas, civiles y militares (...) (Excluimos de este llamamiento a los asesinos del pueblo –la Guardia Civil–); ¡Todos a las órdenes de los Sindicatos obreros revolucionarios de la invicta y gloriosa Confederación Nacional del Trabajo! (...) No demos tiempo a la burguesía a preparar la ofensiva por medio de las Cortes. Impongámonos los proletarios por medio de los “cortes”.

Una avioneta particular que llevaba en las alas el lema *Viva Andalucía Libre* sobrevoló Sevilla y arrojó aquellas hojas. El aeroplano se pintó en Tablada por militares a las órdenes de Franco, aseguraba Maura. Relata el ministro, asimismo, la propaganda oral que se hizo por la candidatura revolucionaria en varios pueblos. En Mairena, Rada animaba al pueblo a proveerse de armas, puesto que la revolución estaba cerca. En El Viso, el propio Franco culpa al Gobierno actual del fracaso de Cuatro Vientos y llama a apoderarse de las tierras por la violencia (interrumpe Franco y dice que esto último no es verdad, y también niega la acusación de Maura de que en Carmona el aviador proclamara que había que reunir fuerzas para tirar al Gobierno). En la Venta de Eritaña, como Franco no pudo intervenir por causa de su accidente, lo hizo el Dr. Vallina, quien explicó –siempre según el ministro– que sus planes consistían en atacar en todos los pueblos a la Guardia Civil *hasta aniquilarlos*, en deponer a las autoridades, marchar hacia Sevilla, y allí, también, atacar a la Benemérita, pues consideraban que constituía el único obstáculo capaz de interponerse en sus planes.

En Tablada *se había llegado a la anarquía*, faltándose al respeto a los oficiales (Franco, en viva voz, lo desmiente). El 24, los cabos firmaron un documento en el que se comprometían a levantarse en armas, *reconociendo como cabecilla al comandante D. Ramón Franco Bahamonde, a quien consideramos como primer jefe de nuestra revolución*. Por su parte, el jefe de la Base, teniente coronel Camacho, envió a la Maestranza al teniente Peña con órdenes de venir con 500 bombas. Éste último indicó al maestro armero que no sabía para qué eran, pero que tenían que estar listas para el día 28.

El siguiente parlamentario en intervenir fue el socialista por Sevilla Eladio Fernández Egocheaga. Arremetió de frente contra Franco, al que acusó de presentarse como *viajante de un producto catalán que se llama independencia regional*. Recuerdó sus paseos *del brazo del Rey*, su nombramiento como gentilhomme, y lo calificó de revolucionario de última hora, que se arrodillaba ante la Virgen de Loreto. Finaliza echándole en cara que se propuso bombardear Sevilla, pero no se atrevió a hacerlo sobre el Palacio Real.

Agota el turno de intervenciones Juan Lluhí Vallescá, proclamado por Barcelona y compañero de candidatura de Franco en ERC. Niega cualquier conocimiento de la intentona, de la que el Gobierno les aseguró que no era cierta y que, si lo hubiese sido, el aviador habría sido apartado de la lista, puesto que *cuando se escoge el camino del Derecho, yendo a las Cortes Constituyentes, no se debe seguir ningún otro camino*.

La contrarréplica de Franco no pudo ser más pobre: brevísimamente sostiene la nulidad de las elecciones, asegura que el teniente coronel Camacho *convirtió un cortijo monárquico en una base republicana*, y que todo era un complot para separarlo de la Jefatura Superior de Aviación.

Quizá fuese más enérgico al desmentir los hechos de Tablada Blas Infante (que no obtuvo acta



de diputado), quien hablaba de un romance *truculento difundido* por el ministro de la Gobernación. Se declara el notario promotor de *la cruzada*. Exculpa a Franco y confiesa la autoría del manifiesto electoral y de folletos lanzados desde la avioneta de Rexach, si bien niega que se arrojaran las que Maura decía. Asegura que una conspiración como la denunciada por éste, en víspera de unas elecciones a Cortes Constituyentes, sería un desatino, y niega también *la marcha de campesinos dirigida por Vallina*. Explica que

La novedad que más sensación vino a producir en España entre las mentiras electoreras [...] fue la de que nosotros intentábamos el proclamar la República o el Estado libre de Andalucía, mediante un acto de fuerza incivil. Lo de la aspiración es cierto; lo del método, ridículamente falso.

Asegura infante que la inquietud vino por la visita que el Dr. Vallina, al que en seguida nos referiremos, efectuó a la Base de Tablada: provocó la alarma en algunos oficiales, que transmitieron al Gobierno la posibilidad del complot. Sanjurjo –asegura– se encontró el aeródromo sin aviones, sin municiones (las bombas que existían, no completaban la dotación, y además habían sido traídas por orden del General Cabanellas, a quien disgustó ver el aeródromo desguarnecido) sin armas (estaban en poder del maestro armero): sin soldados [...]

Estos desmentido, desde luego, entran en contradicción con lo afirmado por el Dr. Vallina en sus memorias, donde afirma que fue visitado por miembros de la candidatura de Franco, quienes le pidieron su ayuda para la revolución. Aceptó, pero exigió que el movimiento se anticipara a las elecciones, por estar el *ambiente preparado*. Y, por supuesto, se negó rotundamente a concurrir ante las urnas, por ser esto antirrevolucionario: para el médico anarquista la participación política de Franco y sus compañeros no era sino una enfermedad mental, *que no podía curarse como no fueran confinados y sometidos a un régimen muy severo, como, por ejemplo, a los morfinómanos*.

Dice que Franco le manifestó que contarían con el apoyo de Cataluña, puesto que Macià estaba de acuerdo, y que al ser director general de Aeronáutica podría disponer de los aviones *para destruir los cuarteles que no se sumasen al movimiento revolucionario*. Asegura que

En efecto, en una visita que hice al aeropuerto de Tablada, donde fui recibido por su director el coronel Camacho, pude confirmar, por el espíritu de los soldados, las promesas de Franco. [...] La noche siguiente al día que ocurrió aquel accidente [el de Franco en Lora del Río], tenía preparada a la gente en Triana para apoderarnos del aeropuerto de Tablada. Pero en el momento que se reunía la muchedumbre, llegó a aquel lugar en un automóvil la mujer de Ramón Franco y el mecánico Rada con la orden de Ramón Franco de detener el movimiento porque Sanjurjo se había posesionado del aeropuerto y había preparado su defensa militar. Franco se encontraba allí detenido y herido

En fin, se dieron por válidas las elecciones y el 29 Ramón Franco renunció a su escaño por Sevilla, conservando el de Barcelona. Para cubrir la vacante se celebraron elecciones el 4 de octubre, y fue elegido José Luis Balbontín, compañero de candidatura.



## Epílogo

El 28 de octubre de 1938 el general Franco viajaba hacia el frente del Ebro en automóvil, cuando le entregaron un mensaje de urgencia. Comentó a su ayudante: *no es nada que afecte a las operaciones. Se trata de mi hermano Ramón*. Así cuenta Ricardo de la Cierva la reacción del generalísimo ante la noticia de la muerte de Ramón, en un incierto accidente aéreo cuando se dirigía en misión bélica sobre el puerto de Valencia. Acababa así la vida del revolucionario que, finalmente, se sumó a la causa nacional –no sin enemigos en su seno– y bombardeó ciudades del levante español. Parece que la contradicción fue el sino del aviador. En ella vivió y murió.

## Bibliografía y fuentes utilizadas

- \* **Álvarez, Santiago.** *Negrín personalidad histórica*. Ed. de la Torre, Madrid, 1994
- \* **De la Cierva, Ricardo.** *Historia actualizada de la Segunda República y de la Guerra Civil española*. Fénix, Madrid, 2003.
- \* **Del Valle, José Antonio.** *La censura gubernativa de prensa en España (1914-1931)*. Revista de EE. Políticos, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (CEPC), nº 21. Madrid, 1981.
- \* **Infante Pérez, Blas.** *La verdad sobre el complot de Tablada y el Estado Libre de Andalucía*. Fundación Blas Infante, Sevilla, 2005.
- \* **Garriga, Ramón.** *Ramón Franco, el hermano maldito*. Planeta, Barcelona, 1978.
- \* **Lacomba, José Antonio.** *Vida política y compromiso social durante sus años en Coria del Río. En La casa de Blas Infante en Coria del Río*. Centro de Estudios Andaluces, Sevilla, 2007.
- \* **Preston, Paul.** *Franco, caudillo de España*. De Bolsillo, Barcelona, 2006.
- \* **Raguer, Hilari.** *La "cuestión religiosa"*. Revista Ayer, Asoc. de Historia Contemporánea/Marcial Pons, nº 20, 1995.
- \* **Robinson, Richard A.** *Los orígenes de la España de Franco. Derecha, República y Revolución. 1931-1936*. Grijalbo, 1976.
- \* **Tuñón de Lara, Manuel.** *La coyuntura histórica española de 1930-1931*. Rev. de EE. Políticos, CEPC, núms. 31-31, 1983.
- \* **Ucelay da Cal, Enric y Tavera García, Susana.** *Una revolución dentro de otra: la lógica insurreccional en la política española*. Revista Ayer, Asoc. de Historia Contemporánea/Marcial Pons, nº 13, 1994.
- \* **Ucelay da Cal, Enric.** *Buscando el levantamiento plebiscitario: insurreccionalismo y elecciones*. Revista Ayer, nº 20, 1995.
- \* **Vallina, Pedro.** *Mis memorias*. Libre Pensamiento/Centro Andaluz del Libro, 2000.
- \* **Villalain García, Pablo.** *Una élite entre la élite. Diputados que fueron elegidos en las tres legislaturas republicanas (1931, 1933 y 1936)*. Cuadernos del Centro de Investigaciones Republicanas, nº 69, 2009.
- \* **ABC.**
- \* **Archivo Histórico de Diputados.** Congreso de los Diputados.
- \* **Diarios de Sesiones de las Cortes Constituyentes de la II República.**
- \* **El Sol.**
- \* **Historia 16.**
- \* **La Vanguardia.**